CASTELLS BRISA



David Monnet

El Legado Drake

Miquel Castells Brisa

DAVID MONNET EN...
EL LEGADO "DRAKE"

nº7

Vision Libros

© Obra: David Monnet VII. El legado Drake

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Febrero, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-365-3

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a mi amiga,
Ana Casar.

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama bien merecida de mujeriego. Amante de la



buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Sir Francis Drake nació en Tavistock (Inglaterra), en 1543 y falleció en Portobelo (Panamá) el 28 de enero de 1596. Según los españoles, fue un pirata; pero, según los ingleses, un político y vicealmirante de la Marina Real Británica. Nombrado por la reina Isabel I, denominada la reina virgen, participó en la derrota de la Armada Invencible. La realidad es que fue un corsario comerciante de esclavos y navegante en busca de fortuna. En 1571, se embarcó con la intención de atacar, en el istmo de Panamá, a la flota española que solía aprovisionarse antes de cruzar el océano de regreso a España. Resultó herido en el primer enfrentamiento, pero en 1573 se alió con el marino francés Guillermo Le Tes-

tu y capturó un convoy español cargado de oro y plata. Cuando Drake volvió a Inglaterra el 9 de agosto de 1573, los escasos 30 marineros que le acompañaban, eran todos ricos de por vida. Según cuentan, a su capitán y hombre de confianza, Andrew Collingwood, además de la parte proporcional que le correspondió por sus derechos de conquista, Drake le donó una isla y el castillo situado en ella, mediante un documento que lo acreditaba y que pasó de heredero en heredero hasta llegar a nuestros días. En la actualidad, su descendiente es Benjamín Kaspersac.

CAPÍTULO 1

La Santé, Bretaña francesa. Me había tomado unos meses sabáticos. El último trabajo fue de una dureza extrema. Apenas aceptaba ningún encargo que no fuera estrictamente el de efectuar una sencilla conferencia o una clase magistral de historia. Por su parte, Michelle, la administradora de mis bodegas e íntima amiga mía, se encontraba pletórica con su trabajo. Realizaba cursos intensivos de elaboraciones de vinos y en aquellos momentos se encontraba en Nueva York promocionando un nuevo blanc de blancs que habíamos elaborado con sumo esmero. No tenía la más mínima sombra de duda de que sería un éxito. Por mi parte, compaginaba la escritura de un libro referente a la guerra ci-

vil inglesa con disputadas partidas de tenis con mi amigo André. Sin olvidar en ningún momento mi afición por la gastronomía, que compartía con el monje. Me estaba volviendo sedentario y, conforme pasaba el tiempo, añoraba la acción.

Nos encontrábamos a mediados de octubre. Los días eran cortos y la temperatura fresquita. Estaba con André en las bodegas discutiendo amigablemente sobre el sabor afrutado de un mosto, cuando se personaron dos mujeres acompañadas por la señora Dupré, la madre de Michelle y mi cocinera.

—Señor Monnet, estas damas desean hablar con usted.

—¡Muy bien! —exclamé—, tengan la bondad de pasar.

Mientras venían a nuestro encuentro, mi amigo y yo nos levantamos de nuestros asientos en señal inequívoca de cortesía. A primera vista, parecían dos personajes de una novela de Agatha Christie; pero conforme se acercaban noté que una de ellas, la de mayor edad, era bastante atractiva. A pesar de que

llevaba un traje demodé, lucía de manera extremada sus excelencias femeninas. Yo le calculaba unos cuarenta y largos años de edad. Un metro setenta de altura y ligeramente llenita. Vestía una falda larga estampada donde predominaba el color naranja, por encima de la rodilla. Una blusa lisa, brillante y bastante vaporosa, cubría parcialmente unos atributos sumamente prominentes. Era fácil deducir que el llevar desabrochados los dos primeros botones no era por descuido, sino a conciencia. Tenía el cabello liso y de color caoba. Los ojos verdes y rasgados. La nariz, aunque larga, no le afeaba en exceso. Quizás, lo peor de ella era que tenía la boca excesivamente grande para mi gusto, parecida a la de Julia Roberts, la actriz americana que tanto gusta a sus paisanos.

La acompañante era bastante más joven. Quizás no sobrepasaba la treintena, con un gusto rancio en el vestir. Aquel traje de corte antiguo era bastante parecido al que llevaba mi abuela el día de su boda. Me era imposible encontrar en ella el más mínimo atisbo de feminidad. Pelirroja. Cabello ondulado. Poseía la faz blanca y con abundantes pecas, que no ocultaba con ningún tipo de maqui-

llaje. Sin embargo, imaginé que después de varias horas en un centro de belleza, aquellos preciosos ojos verdes que tenía, podría ser que luciesen en una cara que se me antojaba que podía ser bonita. Otra cosa sería su figura. Me resultaba difícil de ver cuáles eran sus formas. Eso sí, tenía las piernas muy rectas y un trasero bastante proporcionado. Por lo demás, no sabría hacer un diagnóstico ni tan siquiera aproximado. Fue la primera en hablar.

—¿El señor David Monnet? —preguntó con talante decidido y expresión tremendamente seria.

—¡El mismo! —exclamé— ¿En qué puedo servirle?

Se acercó a mí, levantó el brazo derecho y me dio una sonora bofetada. La sorpresa me paralizó por completo y tardé unos segundos en reaccionar. André, imaginando que se trataba de alguna de mis aventuras y que era una mujer despechada, hizo el amago de desaparecer de la escena, pero se lo impedí.

—Señora, supongo que tendrá sus motivos para haber actuado así, aunque ignoro cuál es la causa de su reacción hacia mi persona y me gustaría que me lo dijera.

—Señor Monnet, desde la muerte de mi padre, juré que cuando le viese le abofetearía. Ahora ya me doy por satisfecha. Me presentaré, me llamo Justine Kaspersac y mi acompañante es mi tía Hildegarde Kaspersac. ¿Le suena nuestro apellido?

—Si he de serle sincero, lo recuerdo vagamente. Pero no sabría asociarlo con nadie conocido, la verdad —contesté.

—Hace cuatro meses, mi padre, Benjamin Kaspersac, vino a verle con la intención de solicitar sus servicios, ante lo cual usted, aduciendo que no era un trabajo acorde con sus conocimientos, se lo quitó de encima.

—¡Espere, espere! ¡Ahora recuerdo! Sí, era un hombre inglés, mayor de edad y, por su semblante, estaba preocupado. Justamente me encontraba con mi amigo aquí presente, André. Tenía un problema relacionado con unas escrituras que le pedían y que no se ha-

llaban en su poder. Me habló, si no recuerdo mal, de que podía perder una isla y un castillo proveniente de un antepasado vinculado a Francis Drake, el corsario inglés. Y claro, no me lo quité de encima, como usted argumenta, señorita; más bien le aconsejé que buscara a alguien que fuera entendido en temas legales referentes a las herencias. Piense que soy historiador de profesión, aunque a veces, por los trabajos que realizo, tengo mis dudas al respecto.

—Pues sepa, señor Monnet, que mi padre se suicidó apenas hace dos semanas. Se encontró solo e indefenso viendo que podía perder irremisiblemente las propiedades de la familia. Ahora el problema sigue igual o, mejor dicho, ha empeorado. Aquí tengo una notificación del juzgado que, a no ser que pueda demostrar mediante documentos que la propiedad es nuestra en el plazo de un mes, deberé abandonar la isla. Se preguntará a qué he venido. Pues voy a decírselo: vengo a suplicarle que me ayude a encontrar una salida al problema. Tanto mi abogado como el registrador me han dicho que no tengo nada que hacer. Así que sólo me queda usted y créame que odio tener que hacerlo, porque